

En Madrid con Heidi y con los Perros

LUN 22.V.76

Por Jorge Teillier

(especial para "Las Últimas Noticias")

Un viejo proverbio español dice que sólo los perros y los ingleses no duermen siesta. Por esto **Heidi**, una tele-serie de dibujos animados japoneses basada en la decimónica, rosa, sensiblera y tierna novela de Juana Spyri, leída por casi todos los muchachos y muchachas que ahora tienen más de 40 años en el mundo occidental, fue programada en el primer canal de la televisión española, a las 3.30 de la tarde, la hora de menos audiencia, pues no se creía en su éxito. El imprevisto resultado fue de que el 90% de los españoles de todas las edades han dejado de dormir siesta para seguir la historia de Heidi, la niña de las montañas que se enferma de nostalgia en la ciudad y termina por llevar a su amiga Clara, afectada de parálisis, a mejorarse con el aire puro del Tirol (como al fin lo logra) acompañada de su abuelo el Viejo de los Alpes y de Pedro, el pequeño pastor de cabras.

Heidi, ha sido realizada por un equipo de dibujantes y guionistas japoneses, cuyo nombre nunca he podido retener, superiores a los de Walt Disney, según opinan muchos moros y cristianos. Los japoneses, que pueden hacer mejores relojes que los suizos y mejores máquinas fotográficas que la Kodak, han hecho también mejores canciones tirolesas que en el Tirol (son las canciones que acompañan como música de fondo a Heidi y ahora se tararean desde Vigo a Cádiz. "Llegará el tiempo en que todos cantaremos canciones tirolesas", vaticinaba nuestro amigo que se nos fue, el poeta Teófilo Cid). En estos momentos Heidi es el programa con mayor audiencia televisiva en la península, superando a "Elizabeth R." (sobre Isabel I de Inglaterra y a "Misión Imposible"). Un milagro que Juana Spyri —leída más que casi todos los Premios Nobel pero de la cual no he podido conseguir una biografía— debe asistir complacida desde los Alpes. ¿Será una muestra de que el mundo se suele cansar de presenciar la violencia y quiere volver al frescor de los buenos sentimientos, la pureza, la fraternidad? ¿Retorno a la infancia y al amor a la naturaleza, a la alegría de vivir que en Heidi se dan a manos llenas? Es probable. Y ahora se anuncia que el equipo japonés, que ha sido contratado para presentar Heidi en Alemania (que es como robarle los huevos al águila) presentará en España, De los Apeninos a los Andes, la más conmovedora de las historias del gran amigo de nuestra infancia, Edmundo D'Amicis, autor del inmortal Corazón. Aun cuando los productores no hagan más que repetir una fórmula exitista, la verdad es que en buena hora se nos muestre a través de Heidi

(que ojalá alguna vez se vea en nuestras pantallas), que el público de la TV no sólo quiere ver sexo, sangre y sordidez y chabacanería.

Luego de estar absorbido por Heidi (que me atrapa pese a ser yo un anti TV), salgo a tomar un poco de aire, a dar un paseo hasta la Cuesta de Moyano para mirar libros viejos —que están más caros y escasos que en Chile— y me sorprende, como de olvidada costumbre, el riesgo de "casarme con la hija del rey", a cada instante, trampa en la que caen madrileños y foráneos (¿De dónde vendrá esa expresión? En la poesía nuestra sólo recuerdo que la usó Gonzalo Millán, uno de sus pre "artefactos"). Vivo en calle La Gasca, llena de edificios de departamentos, y los vecinos sacan todas las tardes a sus perros a hacer sus necesidades en las aceras. Soy gran amigo de los animales, incluyendo a los perros, a los cuales —claro está— les falta poder prestarnos dinero para ser nuestros mejores amigos, pero el amor a los perros aquí ha llegado a ser una epidemia que a veces toma carácter exagerado. Hay restaurantes en los cuales hay que pedirles permiso a ellos para poder ingresar. Según algunos observadores (entre los cuales se cuenta Luis Montoliú, poeta andaluz), no se trata de que aquí se ame especialmente a los perros sino que el tener un perro indica tener buen "status". Se mira mal a quien no mantiene un hermoso perro. Y mientras más pequeño es el departamento en que se vive, más grande es el perro que se cría. Por mi parte opino que para la generación que podríamos llamar del 38 es una revancha contra las privaciones que sufrieron durante la Guerra Civil. Los seres que en ese tiempo debieron comer hasta raíces, ahora, tras el despegue económico, se pueden hasta dar el lujo de amarrar perros con longanizas, como se dice. Cómo, según me cuentan también ocurre en Francia y en Alemania, el perro tiene un lugar privilegiado en la familia española. Pero trato de aclararlo: Europa no se está poniendo discípula de Schopenhauer y quiere más a los perros que a los hombres. A vuelo de poeta, considero que aquí se respeta en ese mismo orden a los niños, los ancianos y los perros. No he visto niño con mirada triste, ni aspecto de viejitos que estamos acostumbrados a ver en nuestro Tercer Mundo. A lo mejor, los perros serán ya no los guardianes de la casa, sino los guardianes de toda la Tierra, cuando partamos hacia mejores planetas, y confusamente se les está preparando para ellos, como ya lo intuyó Symack en su gran novela de ciencia-ficción "Ciudad". Pero eso es otra historia.